

Capítulo 2 - Luces pálidas

- Capítulo 2 - Luces pálidas

Capítulo 2 - Luces pálidas

La habitación del capitán Alejandra Krac había sido siempre un refugio de elegancia y sabiduría.

Decorada con estanterías llenas de libros pesados y dos mapas colgados —uno de el Mar Trebiano, otro de los arrecifes de Radamant— contaba con muebles sencillos pero impecables y algunos objetos personales. A Song siempre le había parecido admirable que tantos integrantes de la Guardia despreciaran la opulencia, como los oficiales de Tianxi.

“Debo confesar que las obras de Coyol siempre me han resultado una carga”, comentó la capitán Krac mientras devolvía el volumen prestado a su sitio. “Sus relatos sobre la unificación de Izcalli son los más confiables, sin duda, pero esas diatribas eschatológicas llegan a cansar.”

La capitán era una mujer alta y robusta, con mejillas redondeadas y ojos grises muy serios. Le faltaban la mitad de los dedos de la mano izquierda, reemplazados por prótesis de madera intrincadamente labradas, y mostraba tanta destreza en su manejo que apenas podía notarse. Maryam aún no era tan habilidosa.

“Para mí, valen la pena soportar esa falta de parcialidad de Toxtle”, replicó Song.

La Casa de Toxtle fue la primera dinastía azteca en unir la mayor parte de lo que hoy es el Reino de Izcalli en un solo reino, poniendo fin a la brutal era que sus eruditos denominaron ‘El Imperio de los Jaguares’. Para consolidar su frágil poder, los Toxtle emprendieron una esforzada campaña para instaurar un culto en su honor, incluyendo la manipulación de historiadores para presentar su ascenso como algo inevitable y bendecido por los dioses. Era casi imposible hallar una obra contemporánea que no estuviera repleta de elogios hacia la poderosa, inigualablemente justa Casa de Toxtle.

Coyol, tercer hijo de un rey conquistado, era bastante escéptico respecto a esta supuesta predestinación y, por tener conexiones tan fuertes, no fue fácil para los Toxtle silenciar sus escritos.

“Además,” continuó Song, “¿ha habido alguna obra sobre Izcalli que no clame por el fin del mundo?”

La capitán Krac no esbozó una sonrisa, pues no era ese tipo de mujer, pero su rostro severo se vio suavizado por un dejo de pesar.

“Supongo que, si insisten lo suficiente, acabarán por tener razón en su momento”, dijo la capitán. “Te habría ofrecido otra selección de mis estanterías, pero temo que no lograrías terminarla.”

Song se enderezó de inmediato, atento.

“¿Entonces, pronto llegaremos?”

“Según el estimado de mi navegante, alcanzaremos Tolomontera hacia media mañana de mañana”, confirmó la capitán Krac. “Hemos aprovechado el buen tiempo.”

Un toque de orgullo en la voz de la mujer mayor, claramente merecido. Aunque habían tenido suerte con los vientos, La Vistas Justas recientemente perdió un tercio de su tripulación ante las sombras. Superar esas expectativas en tal situación demostraba la eficiencia de una nave bien dirigida.

“Te sugiero que prepares a tu tripulación para la llegada,” dijo la capitán, y no fue una sugerencia sino una orden.

Fue una despedida, y Song captó la señal en la mujer tan ocupada que le había brindado la cortesía de esta conversación. Asintió, agradeció a la capitán Krac y se retiró a los aposentos de invitados. Abrascal había estado trenzando una conversación en un rincón con aquella cocinera de sonrisa constante que ella recordaba, lo cual probablemente mantendría ocupado a él y a la diosa que lo seguía como un gato juguetón por un buen rato. Si no se equivocaba, y no lo hacía, Angharad estaba actualmente conquistando a los combatientes del barco.

Con una soltura natural y sin entender del todo qué estaba haciendo, siendo cordial y educada mientras destrozaba a todos en los combates de esgrima.

Tenía incluso una capacidad especial de agradar a los veteranos marinos, aquellos que despreciaban a cualquiera que pasara más de un mes al año en tierra. En cuanto a los jóvenes, bueno, Song sospechaba que la Pereduri dejaría corazones partidos a su paso cuando partieran mañana. Eso sí, los Tianxi tenían dificultades para sentir empatía por cualquier muchacho ingenuo que creyera seriamente que los ojos de Angharad no dejaban de mirarle a los musculosos brazos de la vigilante azteca porque ella ‘sentía curiosidad por los tatuajes’.

Song le puso un toque de alegría en su paso, sus labios aún temblando por la excusa completamente transparente que la noblewoman había inventado al ser matizada por su ojo persistente.

Con los otros dos integrantes de su cohorte ocupados, ahora estaba libre para tener una conversación pendiente con la tercera. Sus pasos la llevaron hasta la puerta de Maryam, pues sabía que la signifier suele abandonar su camarote para estar sola aproximadamente una hora antes de la cena. Song llegó con anticipación, pero con Abrascal en el aire sospechaba que la mujer de piel pálida habría dado prioridad a retirarse antes de lo habitual.

No podía culparla. Los vigías eran más versados que la mayoría en cuestiones de Gloam y Brillo, pero Maryam seguía siendo observada por buena parte de la tripulación incluso después de más de una semana en alta mar. La desconfianza manifiesta por extraños agotaba el espíritu, por mucho que no tuviera méritos. Dos golpes secos en la puerta solo originaron silencio, hasta que se oyó un movimiento tras ella y Maryam preguntó quién era.

—“Song,”— respondió ella. —“Necesito un momento contigo.”

La Tianxi esperó un poco más, antes de que la otra mujer abriera ligeramente la puerta, con el cabello oscuro despeinado y semblante algo gruñón. Song entrecerró una ceja, sin decir nada. Aunque Maryam aseguraba meditar antes de la cena, a menudo parecía que acababa de despertarse de una siesta cuando era interrumpida. La mujer de piel pálida echó una mirada rápida de un lado a otro del pasillo — más por hábito que por desconfianza, sospechaba Song — y solo entonces abrió la puerta completamente.

—"Entra,"— dijo Maryam—. —"Cuidado con las velas."

La Triglau se apartó para hacerle espacio y Song entró como se le indicó. Todas las cabinas eran iguales, tal como las había visto al asignárselas, salvo la de Abrascal, que estaba en una esquina y algo más pequeña. Todas contenían una cama, un baúl, una pequeña mesa con un taburete y una cómoda desgastada. Solo Maryam había dispuesto la mesa y el taburete en una esquina, extendió su manta en el suelo y colocó velas en un círculo flojo a su alrededor. Tal vez realmente había estado meditando, reflexionó Song.

—"¿Esto tomará mucho tiempo?"— preguntó Maryam. —"No puedo permitirme gastar mi cuota en ello."

—"No debería,"— respondió Song.

Su mirada recorrió el espacio en busca de un lugar para sentarse, hasta que aceptó la invitación de Maryam de acomodarse en el borde de la cama. La otra mujer permaneció de pie, recostada contra el armarito. Solo entonces notó que estaba descalza. Sus ojos plateados recorrieron las velas, notando el sutil tono pálido de su luz — todas tocadas por el brillo, sospechaba, los destellos del Glare. Interesante. Sabía poco de la señalización, ya que la Guilda de Akelarre era cerrada con respecto a sus secretos, pero conocía que era un arte vinculado al Gloam, no al Brillo. Entonces, ¿por qué usar esas velas?

—"Llegaremos temprano mañana,"— dijo.

Maryam asintió con un gruñido.

—"Bien, puedo dormir en un próspero Lugar de El Verdadero Prado,"— expresó—. —"No puedo bajar la guardia ni un instante en el Dominio, ha sido agotador."

La Guilda de Akelarre podía poseer tierras privadas en la mayoría de los territorios de Vigilancia, había aprendido Song, en parte para poder construir estos 'Prados'. Su propósito era oscuro, salvo que los Navegantes descansaban en ellos con frecuencia y parecían considerarse más beneficiados por ello.

—"Imagino que los Navegantes tendrán una casa capitular en el puerto,"— respondió—. —"Pero lo que sigue después de nuestra llegada es de lo que deseo hablar contigo."

Una pausa.

"Ha habido disputas."

Maryam levantó una ceja con desdén.

“Así es,” afirmó. “Deberías hacer las paces con Tristan. Es realmente bastante dulce, sabes.”

Song cuidadosamente ocultó sus pensamientos tras una expresión neutral. ¿Dulce? El hombre era como una granada con una mecha encendida. Desde que le arrancaron las escamas de los ojos, Song nunca había percibido a un dios manifestarse tan a menudo y con tanta claridad como aquella diosa de cabellos dorados alrededor de Tristan Abrascal. Debía ser o un lunático o casi un santo, aunque, curiosamente, no mostraba ninguno de los signos habituales de una futura santidad.

Las sutiles indagaciones de Song con algunos de los Sacromontanos durante las pruebas no habían detectado ninguna presencia de una diosa disfrazada de mujer de cabello dorado y vestido rojo, lo cual resultaba aún más inquietante. La forma más sencilla para que un dios prospere sin ser reconocido ni venerado voluntariamente es haber sido engendrado por un evento tan catastrófico que aún permanece quemado en las mentes de miles.

Eso indicaba que Tristan Abrascal probablemente fuera un lunático cabalgando a un dios de la calamidad, y aunque Song no huiría de utilizarlo, también tenía la intención de mantener una distancia prudente hasta que aquel terminara por destruirse a sí mismo y a varios otros en el proceso.

“Eso no es exactamente lo que quería decir,” dijo Song.

Maryam esbozó una sonrisa sardónica.

“Sé exactamente a qué te referías, Song,” replicó. “Eso era una advertencia para seguir adelante. Mejor que le hagas caso.”

La mandíbula de Tianxi se tensó. Maryam solía ser una mujer cordial.

“Comprendo tus objeciones respecto al pasado de Angharad, pero—”

“No,” cortó Maryam duramente. “No lo comprendes. Crees que sí, y no voy a negar que los dioses le jugaron una mala pasada a tu familia, pero no tienes ni idea de lo que esto realmente implica y me enfadaré mucho si alguna vez pretendes lo contrario.”

Los labios de Song se comprimieron, pero guardó silencio. Tú eres una piedra moldeada por el cincel de la vida, susurró en su interior. ¿Serás tú quien maneje la herramienta, o ellos? Si entregaba su ira a otros, abandonaba el cincel, y eso era inaceptable. Aunque las palabras de Maryam no eran forma adecuada de dirigirse a una superior, técnicamente hasta que registraran su cábala, Song no era todavía una oficial con rango establecido.

Además, sus anteriores encuentros con la otra mujer habían sido en calidad de socias, sin que se implicara ninguna jerarquía. La adaptación requeriría tiempo, y el tío Zhuge le había advertido que, en general, en las cábalas la jerarquía se usaba de manera flexible.

“Ya tenemos suficiente lucha aguardándonos,” concluyó Song. “¿Puedes, por lo menos, dejar de provocarla?”

La expresión de Maryam se volvió fría como una casa en invierno, y ella supo de inmediato que había cometido un error.

“Entonces, has decidido cambiar de actitud ahora que ya no me necesitas,” afirmó con rigidez. “Muy bien. Mejor que lo sepa, supongo...”

Song se tensó ante la acusación.

“No he hecho tal cosa,” declaró.

“¿Ya hablaste con Tredegar acerca de esto?” Sonrió el Triglau.

No había alegría en su gesto.

“Tenía la intención de hacerlo—”

“Eso es un no,” interrumpió Maryam. “Permíteme ser clara, Song: no recibirás una disculpa mía por la incomodidad de que te recuerden que su gente trata a la mía como esclavos. Y, sea candidata de Stripe o no, no estás en posición de exigírmelo.”

Song sostenía la mirada, porque la ira era asunto personal, pero no un desafío a la autoridad. Si esa piedra se agrietaba, no habría reparación—y Song no sería solo capitana de su cábala de nombre. Mantuvo la voz firme, tranquila, sin rastro de enojo. Mano en el cincel.

“Una orden directa de un capitán”, dijo ella, “no se rechaza sin consecuencias.”

“Todavía no hay papel sellado, Song”, respondió Maryam. “Y aunque lo hubiera, ambos sabemos que pueden transferirse a otros cabales—con o sin permiso de tu capitán. Si no me quedo, ¿crees que Tristan lo haría?”

Incluso una sola partida podría significar la desaparición definitiva de un cabal tan pequeño como el suyo, pensó Song, pero dos definitivamente serían el fin. Un cabal debe contar con cuatro estudiantes o disolverse, y aunque tal vez una partida pueda reemplazarse con el tiempo, dos provocarían cuestionamientos. Si Song permanecía con Angharad, sin duda encontrarían otro cabal dispuesto a acogerlos a ambos, pero eso no podía ser. Necesitaba que su nombre apareciese en los informes—Capitana Song Ren—o no tendría sentido alguna de estas acciones.

No era una amenaza sin dientes, pero fracasar ahora significaría el fin de su capitaneo antes de que siquiera comenzara. Nadie obedecía a una oficial a quien ellos mismos habían doblegado. Song midió sus palabras, igualó la ira con la necesidad y halló el tono adecuado. No podía resbalar, ni siquiera por un momento.

“¿Buscarías vender a una ratera callejera homicida, con un dios desbocado y un significativo Triglau que solo puede usar Signos Autárquicos?”, dijo Song con calma. “¿Crees que me tomaría más de

media hora para hacer que ningún cabal en Tolomontera quisiera tocaros, incluso con guantes de peste?”

“Puedo hacer mucho más que eso”, susurró Maryam.

“No tan bien”, respondió Song con franqueza. “Ahora, sépame ser clara, no quiero hacer esto. No hay beneficio alguno. Pero si buscas hacerme daño, Maryam, responderé lanzando una antorcha a cada puente que hayas siquiera rozado.”

Ella frunció el ceño, pero la Tianxi sabía que era una fachada. Maryam tenía motivos urgentes para asistir a la Scholomance, igual que Song. Ahora había expuesto las consecuencias, dejado claro que un ataque sería respondido con aún mayor dureza. Debía dejar en claro que no había cadenas, que tampoco estaba acorralando a Maryam. Una casa con una cerradura que solo un hombre puede abrirse se llama prisión, había escrito el Mestre Shijian.

“Si realmente deseas separarte, no te lo impediré. Solo requiero que avancemos en modo civilizado”, continuó Song. “Organizaremos un intercambio con un cabal que te convenga y resolveremos el asunto sin daño para ninguna de las partes.”

Ahora, a responder la acusación. Se inclinó hacia adelante, con la mirada fija.

“Primero, he venido a hablar contigo por asuntos de altercados porque te he conocido como alguien equilibrado, y porque tus provocaciones tienen un propósito”, continuó Song. “Angharad Tredegar ofende por accidente, Maryam. No la exime, y ella no está eximida, pero eso significa que hará falta más que una sola conversación cortés para comenzar a reducir el problema.”

Aspiró a los ojos azules de Maryam.

“¿Ahora nos entendemos, Maryam Khaimov?”

Ambas sostuvieron la mirada por un largo momento hasta que la Triglau apartó la vista.

“Me enfadé demasiado rápido”, dijo Maryam al fin.

“Y yo abordé el asunto de manera incorrecta”, reconoció Song.

Había subestimado la delicadeza del tema, creyendo que el sentido común de la otra mujer era algo absoluto en lugar de una elección. Había roto zunyan, aunque solo por accidente. Maryam pasó una mano por sus largos cabellos oscuros, dejando escapar un suspiro. La otra mujer parecía cansada, decidió Song. Siempre había tenido círculos oscuros alrededor de los ojos, pero ahora parecían más profundos.

—Intentaré no jalar demasiado de su cola,—dijo Maryam,—pero si ella siquiera se inmuta—

—No esperaré que respondieras a un insulto con silencio,—interrumpió ella,—ni te pediré que lo hagas.

Maryam soltó un gesto que pudo interpretarse como acuerdo, y la mujer de ojos plateados decidió que eso sería suficiente. Se levantó de la cama, luego vaciló por un instante. No, podía esperar. Asintió hacia Maryam, aunque la Triglau la miró con un ceño fruncido.

—Tu mano,—dijo ella, extendiendo la suya.

—No iba a pedir,—afirmó Song con rigidez.

No era tan insensible como para solicitar un favor tras una discusión.

—Todavía estoy enojada contigo,—dijo Maryam con franqueza,—pero no lo suficiente como para poner en riesgo tu salud. Tu mano, Song.

La Tianxi aclaró su garganta, algo avergonzada, y la entregó. Los dedos de Maryam se cerraron alrededor de la suya, y la señalizadora cerró los ojos. Un momento transcurrido, luego Song sintió una leve ondulación que subía por su brazo—a modo de escalofrío, impactante y que desapareció rápidamente. Maryam exhaló profundamente, abrió los ojos y soltó la mano de Song.

—La concentración se acerca nuevamente al nivel peligroso,—dijo Maryam,—¿Purgaste algo durante tu estancia en el Dominion?

Los labios de Song se adelgazaron.

—Dos veces,—respondió,—una durante la Prueba de las Líneas y otra después de llegar a Tres Pinos.

—Entonces podrías estar en una marea alta,—comentó Maryam.

La Tianxi contuvo una mueca. Eso o las maldiciones se acumulaban más rápido.

—Purgue esta noche,—aconsejó Maryam,—la sal en el agua del mar debería dificultar que te alcancen, pero aún existe un riesgo.

Song asintió y le agradeció. La vista de las velas le indicó que su conversación había durado más de lo anticipado y quizás en detrimento de Maryam. Song apenas usaba sus propias velas, dada su vista, así que sería adecuado agradecerle ofreciéndole la mayor parte de ellas después de la cena. La Tianxi se despidió, caminando rápidamente hacia sus aposentos. Debería tener suficiente tiempo para purgarse antes de cenar, aunque después luciría algo cansada. Sin embargo, era mejor hacerlo temprano que tarde. Suelen ocurrirle pesadillas si lo realiza demasiado cerca del momento de dormir.

Tras cerrar con llave la puerta, Song sacó de su bolsa un saquito verde y un cuenco de madera. Primero, desató las cuerdas del saco de seda, dejando que unas cuantas sales cayeran cuidadosamente para trazar un círculo en el suelo. Pronto tendría que comprar más, andaba casi sin ellas. Haría una anotación en su cuaderno. Después, tomó el cuenco, una simple pieza de madera cuyas paredes estaban ennegrecidas, como si hubieran sido rociadas con ácido. Llenó el cuenco con agua de su cantimplora y se sentó dentro del círculo de sal, cruzando las piernas.

Colocó el cuenco a su lado, inhaló profundamente y sumergió los dedos de su mano izquierda en el agua. Cerró los ojos, concentrándose en su respiración. Inspirando y espirando lentamente, dejando que sus sentidos se disiparan hasta quedar solo en su aliento y en la oscuridad.

Y, tras una eternidad, olió algo.

Como vísceras podridas, como putrefacción, odio y vergüenza convertidos en un palo de incienso. Song se obligó a ignorarlo, a centrarse en la firmeza de su respiración. Solo cuando sus dedos tocaron el fondo seco del cuenco volvió a abrir los ojos. No quedaba ni una gota de agua en él, solo marcas negras recientes por las maldiciones que había expulsado de su cuerpo.

Cuando era niña, la purga solo era necesaria una vez cada pocos años, pero hoy en día ocurría el doble de veces al mes. La situación empeoraba con cada estación, pues un mar infinito de odio y tristeza se vertía en el Gloam por cada Tianxi que había sucumbido a la Oscuridad.

Por todos esos labios, el nombre de Ren se maldecía como un insulto, hasta que se convirtió exactamente en eso.

Song se desplomó, de repente agotada, y se concedió un momento de amargura ante la injusticia de todo ello. Ni siquiera había nacido todavía. Pero solo fue un instante, y luego volvió a recomponerse, pieza por pieza. Como vestirse con un traje formal, capa a capa, hasta estar blindada contra el mundo. Song no era como sus hermanos: no permitiría que la carga del deber rompiera su espalda como había ocurrido con ellos.

Song Ren empuñaría el cincel y ella triunfaría.

--

A primera hora de la mañana siguiente, todos fueron enviados a sus habitaciones por el Primer Oficial Javier, quien les ordenó permanecer dentro hasta nuevo aviso. Song y Maryam, que estaban mejor informados sobre Scholomance que los otros dos, adivinaron sin dificultad el motivo.

“¿Nos acercamos al Anillo de las Tormentas, entonces?” preguntó Maryam.

El alto, sumamente bigotudo — todos los Lierganen parecían convencidos de que lucir un hurón entero sobre el labio superior era un símbolo de distinción— oficial asintió con la cabeza.

“Ten en cuenta que tenemos las nubes a la vista,” dijo el primer oficial. “En cualquier momento llegaremos a la tormenta.”

“Anillo de las Tormentas,” repitió Abrascal, levantando las cejas. “Qué nombre más ominoso. ¿Puedo preguntar qué es?”

“Un anillo de tormentas,” respondió Javier con tono pausado. “Uno que rodea Tolomontera, y que debemos cruzar para llegar a nuestro destino. No hay de qué preocuparse — apenas tiene una milla de ancho, hemos navegado por peores —, pero claramente no podemos tenerlos bajo nuestros pies durante una tormenta.”

“Por supuesto,” sonrió Tristan Abrascal, haciendo una reverencia.

Los ojos de Song bajaron brevemente hacia la mujer de cabello dorado que se encontraba junto a él, susurrándole algo al oído que apretó ligeramente la mandíbula del hombre. La Tianxi apartó inmediatamente la vista, pues en dos ocasiones la diosa casi la había atrapado mirando, y preferiría mantener ocultos los detalles de su contrato. Como siempre, Abrascal resultaba un dolor de cabeza.

Song exhaló lentamente, apretando con fuerza el cincel. No era imparcial. La presencia de la deidad, sin embargo, resultaba agotadora, pues le obligaba a fingir ceguera. Esa era una de las razones por las que evitaba a Abrascal, y por la que a veces le irritaba más de lo que merecía. Si al menos pudiera oír a la diosa, quizás tendría una idea de qué clase de entidad enfrentaba, pero por ahora solo podía intentar deducir las maquinaciones de la diosa a través de las acciones de su propia mano mortal.

“¿Puedo pedir que me informen cuando hayamos pasado el Anillo?” preguntó Song. “No quisiera perderme las vistas.”

“Será tu primera vez, ¿verdad?” reflexionó el primer oficial. “De acuerdo, ciertamente vale la pena echarle un vistazo. Enviaré a un hombre para que te acompañe.”

Agradeció formalmente al oficial antes de que él se retirara, y las siguientes horas las pasaron en sus camarotes, tal como se les había ordenado.

Song había pensado en esperar pacientemente, pero se sentía inquieta. Podría haber avanzado en sus cartas, pero escribir durante una tormenta solo traería tinta derramada y caracteres ilegibles. Ya había doblado su ropa dos veces y revisar su equipaje una vez más le parecía poca cosa. Si tuviera un libro, habría aprovechado ese tiempo, pero en su situación parecía estar desperdiciando horas.

Caminar de un lado a otro no ayudaba en absoluto.

Finalmente, se acomodó en la cama que, sin duda, volvería a arreglar y empezó a practicar la Lista de Feng. Como una de las primeras diplomáticas eruditas enviadas por las Repúblicas a Malan, An Feng había escrito varios de los textos más definitivos sobre el aprendizaje del Umoya. La Lista de Feng era un ejercicio de habla muy respetado, una serie de palabras que ayudaban al orador a dominar los tres tonos y seis acentos del Umoya.

“Muthi,” enunciaba cuidadosamente Song, sumergiéndose en el ejercicio.

Le ayudaba a mantener la mente ocupada hasta que el barco empezó a balancearse por la tormenta. Su voz se debilitaba mientras sus manos apretaban las sábanas. ¿Así sería sentirte como una cabeza de repollo en un carretón que cae cuesta abajo? Totalmente indefensa, a merced de un montón de tablas de madera sujetas con clavos que, en ese momento, parecían demasiado pequeños. Se obligó a seguir con la Lista de Feng, y al terminar, a empezar de nuevo. Y otra vez más, hasta que la tormenta pasara.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, salvo que, por corto que fuera ese período, había parecido interminable. Sin embargo, el buen tiempo regresó, y al calmarse el vaivén, escuchó un suave golpe en su puerta. El primer oficial había enviado a un marinero, como había prometido, y Song se sintió tan aliviada por poder salir que tuvo que obligarse a esperar y volver a arreglar la cama en su lugar. La mano sobre el cincel.

Una vez más, subió a la cubierta cuando se recuperó, encontrando el lugar húmedo y con olor a sal, pero lleno de una tripulación animada. La travesía parecía haber ido bien. La cabina del castillo casi estaba vacía, por lo que Song subió las escaleras y encontró un lugar de paso para apoyarse contra la barandilla. La Tianxi permaneció allí en silencio, saboreando la suave caricia del viento en su cabello. Los nervios iniciales se desvanían gota a gota, dejándola resquebrajarse contra la madera, hasta que recordó que todavía estaba en plena vista.

Reconoció a Angharad por el sonido de sus pasos, que tenían un ritmo extraño. No eran agudos como los de un soldado ni con la ondulante arrogancia de un marinero, sino algo más cercano a la forma de caminar de un esgrimista: ligero y siempre preparado para lanzarse a la acción. Angharad emitió un ruido al verla, luego se acercó a la baranda. Los codos de la alta Pereduri bajaron, su abrigo se deslizó hacia atrás mientras se apoyaba en la madera. La saludó con la cabeza, a lo que Song respondió. La otra mujer sonrió y lanzó una mirada curiosa hacia adelante. La Tianxi alzó una ceja en señal de duda.

“Me tenías intrigada,” dijo Angharad.

Una mirada al horizonte, luego soltó una risita.

“De hecho, todavía. Nos faltan horas para llegar a Tolomontera. ¿Qué buscas en el horizonte?”

“Hemos dejado atrás las últimas nubes del Anillo de Tormentas,” dijo Song. “Pronto podremos ver por primera vez el Gran Orrey.”

Angharad se meció junto con el balanceo del galeón sin siquiera darse cuenta, notó la Tianxi. Envidiaba esa tranquilidad: aunque no solía marearse en el mar, Song nunca se sentiría cómoda de pie sobre una pila de madera tambaleante rodeada por aguas enfurecidas hasta donde alcanza la vista. Le resultaba difícil entender cómo los marinos podían sentir tanta afición por una vida en la que ninguna habilidad ni valor harían la menor diferencia si la suerte del día decidía volcar el barco y ahogarlos.

“Nunca había oído hablar de ese Gran Orrey,” dijo Angharad. “¿Una maravilla antediluviana?”

Song asintió.

“Algunos dicen que esa es la verdadera razón de la existencia del Anillo de Tormentas, que domestica el viento y el clima para llegar a Tolomontera empujando toda la ferocidad al exterior del anillo,” comentó ella. “No sé si eso es cierto, pero me lo describieron como una maravilla sin igual.”

Los Pereduri arqueó una ceja.

“¿Un orrery no es alguna especie de mapa mecánico que imita el movimiento de las estrellas?” preguntó. “Algo no muy diferente fue construido en el techo sobre la Prueba de las Ruinas, quizás lo recuerdes. Me cuesta creer que otro dispositivo así sea tan excepcional.”

Song sonrió.

“No te costará mucho esfuerzo,” afirmó, y una mirada al horizonte ensanchó su sonrisa. “Allí, vemos lo primero.”

El Tianxi señaló una luz plateada lejana cerca de la línea del horizonte, mientras Angharad marcaba la vista con una expresión escéptica.

“Me parece que estás apuntando a una estrella, Song,” dijo.

“Yo no,” replicó ella. “Mira más de cerca.”

La noblewoman lo hizo, frunciendo el ceño pero intentando entender qué habría podido pasar por alto. La disposición de Angharad Tredegar para aprender había sido decisiva para determinar quién debería reclutar. La bailarina del espejo no aceptaba la idea de que la nobleza fuera intrínsecamente injusta — no conocía el principio del zunyan, que la parcialidad en dignidad era una violación del Círculo—, pero esa rigidez no se extendía a sus acciones. Angharad admitía sus fallos y buscaba corregirlos, una cualidad poco frecuente independientemente de su linaje o tierra natal.

Los problemas con Isabel Ruesta casi hicieron que Song reconsiderara su elección, pues no quería atarse a alguien cuya única virtud era la belleza superficial, pero, en realidad, había habido... circunstancias atenuantes. Además, el pasado ya había sido enterrado.

A diferencia de Isabel, quien había sido arrojada a una hoguera.

“Se mueve demasiado rápido,” dijo Angharad de repente. “Las estrellas están demasiado lejos para captar con facilidad sus movimientos, pero los de esta ninguno lo está.”

“No es una estrella,” confirmó Song. “Es una luz tan grande como un solar moviéndose con maquinaria. Espero que en quince minutos podamos ver el primer anillo.”

Se quedaron en la cubierta, intercambiando breves conversaciones acompañadas de momentos de silencio cómodo, mientras más luces se sumaban a ese primer punto plateado — que se hacía cada vez más grande a medida que el navío se acercaba. El vigía en el nido de cuervos gritó algo que sonaba como ‘primer anillo’ en Antigua atropellada, su advertencia antes de que vislumbraran, por fin, el Gran Orrery.

Primero llegaron las aguas blancas y agitadas, y luego vieron que desde las profundidades del Mar Trebiano emergía un enorme círculo dorado inclinado a un lado.

En verdad, había dos de ellos, con un ligero espacio entre ambos. Cada uno tan ancho como un hombre es largo y girando lentamente. La vista resultaba surrealista, pareciendo más un monstruo

que una máquina, a decir verdad, Song sabía que no era así.

“Dios Durmiente,” susurró Angharad, con asombro reverente. “¿Qué tan grande es ese anillo?”

“Su diámetro debe ser al menos de cuatrocientos millas,” dijo Song. “Hay varios más, todos orbitando un dispositivo en el corazón de Tolomontera.”

Mientras el barco se acercaba, estrellas falsas florecían una tras otra, enormes anillos dorados moviendo los grandes orbes de luz de colores — azul, plateado, verde, dorado y una docena de otros—, bajo alguna finalidad mística. Como joyas engastadas en una corona, las luces estaban rodeadas por anillos de diferentes tamaños, ángulos y diseños. Algunos eran delicados, casi etéreos como hilos de acero de tamaño colosal, otros gruesos y sólidos como bandas de oro. La maravilla duró media hora más, con la tripulación ocupada a su alrededor, antes de que ambos pudieran ver su primer anillo en cercanía.

Los colores estaban atrapados en globos magníficamente intrincados de oro y latón, tan delicadamente tallados como encajes y variados en forma. Algunos parecían casi como trompos, otros como esferas encerradas firmemente en bandas de latón, y uno más parecía un anillo hueco y complejo. Ninguno era menor que una gran mansión, y todos proyectaban su luz hacia el corazón del dispositivo. En la distancia yacía una torre masiva de engranajes, ancha en la base y adelgazándose en el medio solo para florecer en una flor de maquinaria increíblemente compleja en la cima. Los colores parpadeaban dentro de paneles de vidrio, como tormentas atrapadas en botellas.

El corazón del Gran Orrery, las luces de Scholomance.

“Una maravilla como ninguna otra,” susurró Angharad. “Hablaste con verdad, Song.”

“No creo que Tolomontera sea una vista tan grandiosa,” respondió Song. “Pero guarda un poco de ese asombro para más tarde, porque espero que Scholomance sea igual de asombroso.”

Ella dio una palmada en el hombro de la otra mujer y se retiró, dejando a Angharad mirando el horizonte. Pronto llegarían a su destino, y antes de hacerlo, la Tianxi quería revisar su mochila una última vez. Song no se dejaría sorprender por lo que acercaba.

--

El cabello del hombre era permanentemente despeinado, así que no había cabello de cama que usar para saber si realmente había dormido durante la tormenta o si su ropa solía estar arrugada.

“Algún día,” dijo Tristan Abrascal, “tendrás que decirme dónde consigues todos estos mapas.”

“Difícil,” respondió Song sin vacilar.

Si tuviera un alma más poética, Song tal vez habría reflexionado que cualquier uniforme puesto en el delgado cuerpo de Abrascal se volvía de alguna manera desordenado, como un reflejo del espíritu rebelde que llevaba dentro. En cambio, en su mente solo fantaseaba con verlo pasar por

un centrifugador de lavandería, donde los rodillos de amasar aplastarían cada arruga y al menos algunas de esas terribles ideas que parecían esconderse en sus ojos grises.

Sorprendida por el hombre cuando regresaba de su cabaña, la Tianxi se encontró con una petición desafortunadamente razonable que la llevó justo de regreso allí, ahora presionando los bordes de un trozo de papel contra la parte superior de su tocador.

Lejos de sentirse ofendida, la expresión de Abrascal se tejió en una mueca de diversión ante su rechazo. Era inquietante lo impasible que parecía ante todo, y cómo eso coincidía exactamente con la descripción de Fangzi Yongtu: un hombre con reglas pero sin principios. Así los conoceréis: no exaltan ni condenan, vagando por la tierra sin conocer lo justo ni lo injusto. Como animales, se alimentan de beneficios y huyen de calamidades, sin prestar atención a la dignidad, solo a la suya propia.

Su padre lo habría llamado un bastardo oscuro, lo cual era algo menos difícil de decir.

Song observó la mirada de Abrascal mientras se clavaba en el mapa esquemático de Tolomontera — solo unas líneas dibujadas y poco más — y se preguntó qué buscaba exactamente. Desde arriba, la isla parecía un zapato con el talón grueso inclinado ligeramente hacia arriba.

Su costa sur corría desde el noroeste hasta el sureste en una línea diagonal, toda de playas pedregosas y llanuras cubiertas de hierba que conducían a colinas cada vez más empinadas y, finalmente, a mesetas — las Mesetas de Ariadnis — que eran un laberinto de profundos barrancos y cavernas. Cerca del collar del ‘zapato’, se levantaban altas montañas, cubriendo aproximadamente un tercio de Tolomontera, y en la cima de ellas se encontraba la silueta imponente del corazón del Gran Orrery. En la sombra de esa enorme aguja de engranajes, al sur, yacía la forma colosal de Scholomance.

La antigua escuela desembocaba directamente en Port Allazei, que cubría la mayor parte del talón de la bota y donde se dirigía la Feria de las Vistas.

“Hasta que no haya fincas en las mesetas, esa isla no puede autosufrirse,” finalmente comentó Abrascal. “Y ese puerto es demasiado grande para seguir habitado.”

“El Guardia mantiene presencia en la isla, pero por lo demás está abandonada,” reconoció Song.

“Así que estamos frente a una ciudad portuaria en ruinas,” gruñó Abrascal. “Eso puede ser tanto una bendición como una maldición, dependiendo de cómo manejemos las cosas.”

¿Por qué, deploró silenciosamente Song, debe ser solo esa la que muestre interés en planear con anticipación? Ella habría preferido esa cualidad en otra.

“Una vez que estemos registrados, nuestra prioridad debe ser asegurar provisiones y alojamiento,” reconoció.

Entonces Abrascal podría averiguar quién intenta venderle, Maryam podría satisfacer esa necesidad apremiante de dormir y Angharad podría ser sentada para una conversación sobre cómo

las hazañas de su familia en el mar probablemente fueron financiadas con oro del comercio de esclavos, y eso significaba que debía tener cuidado con sus palabras alrededor de alguien cuyo parentesco pudo haber sido vendido para financiar las glorias de Tredegar.

Luego ella podría comenzar a ocuparse de sus propios asuntos, que siempre eran demasiados.

“Comida y un escondite, ¿verdad?” sonrió Abrascal. “Vaya, Mistress Ren, todavía te convertiremos en una ratona.”

Uf. Y pensar que Maryam realmente lo encontraba encantador. No hay quien pueda con los gustos.

“Quizá no nos quede mucho tiempo antes de que comiencen las clases,” le dijo Song, ignorando la sonrisa. “Si es así, nos separaremos para completar todo a tiempo.”

El ratón de cabello oscuro se inclinó hacia adelante, frotándose la barbilla.

“¿Voy por Tredegar o por Maryam?” preguntó.

Reconocería que el hombre no era lento para captar ideas. Solo un loco pensaría que era sensato emparejar a esas dos si iban a dividirse en parejas.

“¿Te sentirías cómodo trabajando con Angharad?” preguntó ella.

Aunque, sorprendentemente, parecía molesto, Abrascal asintió. Bien. Ella había esperado que esos dos estarían en desacuerdo, pero eran lo suficientemente cordiales. Que Maryam fuera la mitad de su problema fue una sorpresa bastante desagradable.

“Probablemente pondré a ambos en provisiones,” dijo Song. “Veremos después de que aterricemos.”

Entre ella y Maryam deberían ser capaces de detectar cualquier peligro demasiado grande, mientras eligen un lugar para quedarse. Mientras tanto, Abrascal se aseguraría de que Angharad no se dejara estafar en los precios y ella aseguraría que él no fuera robado, en absoluto. El ratón de la calle asintió, frunciendo el ceño en pensamiento. Ya habían terminado con el mapa, así que lo guardó cuidadosamente y terminó diciendo educadamente que ella se retiraba a sus habitaciones.

Pronto tendrían vista de Tolomontera y, aunque Maryam dormía la siesta, Angharad estaría en la cubierta esperándolos. Abrascal no puso objeciones y subieron juntos. Ella encontró a Angharad en la proa antes y los tres se instalaron allí; la Sacromontana preguntó por la experiencia de la Pereduri en el mar, sorprendiendo tanto a Song como a Angharad cuando ella reveló que apenas había tenido contacto con él.

Aunque, al parecer, había sido entrenada para duelar en la cubierta de un barco en la bahía justo más allá de la finca de su familia.

“El truco está en moverse con las olas,” explicó Angharad. “El apoyo debe ser más suelto de lo habitual.”

Song no tuvo corazón para explicar que su consejo sería en gran medida inútil para quien no hubiera pasado la mayor parte de su vida perfeccionando el arte de la guerra. Por ejemplo, Abrascal asintiendo regularmente con una sonrisa fija en su rostro. Y aunque Song misma había comenzado el entrenamiento estándar en la milicia de Jigong a los diez años — y insistió en aprender a manejar la espada además de la lanza, contra la tradición de las mujeres —, debía admitir que también se encontraba algo perdida.

Ella había preferido las armas de fuego incluso antes de que su contrato asegurara que sería una tiradora letal.

Sus ojos plateados escudriñaron la distancia y allí encontró lo que buscaba. Puede que no vea perfectamente en la oscuridad, pero veía al menos igual de bien que cualquier oscuril — el horizonte no era para ella esa extensión negra que sería para los demás.

“En línea recta hacia adelante,” dijo Song, sacando a Angharad de un movimiento complicado de manos. “Hemos llegado.”

Su vientre se comprimió en anticipación, pues en estos terrenos que se acercaban comenzaría la obra de su vida, pero cuando vislumbró por primera vez Tolomontera, no encontró sitio para los nervios. Tal vez cien veces Song revisó el desgastado boceto de un mapa que había obtenido del tío Zhuge, pero esto no le preparó en absoluto para la verdadera visión del lugar.

Era, pensó, como la descripción de un erudito ebrio sobre la semejanza de una isla. Elevándose sobre las olas, el Puerto Allazei con sus largas y delgadas embarcaciones de piedra parecía una ciudad de los muertos; enredaderas, hierba y árboles habían regresado a gobernar cuando los hombres se ausentaron. Las luces de estrellas falsas recorrían ciclos intrincados de noche y día coloreados, fragmentos de plata y verde reclamaban extensas zonas de ruinas, mientras que tras la ciudad de la necrópolis aguardaba la hambrienta silueta de Scholomance.

Su imponente cúpula se alzaba majestuosa, rodeada por un grupo de menores y torres suficientes para una docena de ciudades, todas entrelazadas por elevados puentes de arco y conectadas por tejados extraños y sinuosos. Pocos focos encendidos en el antiguo palacio, pero eso importaba poco, porque asentado en las altas montañas, el Gran Orrery se desplegaba como los brazos abiertos de un dios que devora el cielo. Luces titilaban y se agitaban, nubes se desplazaban perezosamente debajo, mientras sus engranajes giraban sin descanso.

Song confiaba en sus propios ojos, eran de todo el mundo lo único que nunca dudaría, pero incluso al mirar Tolomontera no podía convencerse del todo de que la isla era real. No hasta que el galeón atracó, suavemente apoyado en el rompeolas de piedra, y su mano volvió a hallar el cincel.

Había trabajo que hacer.